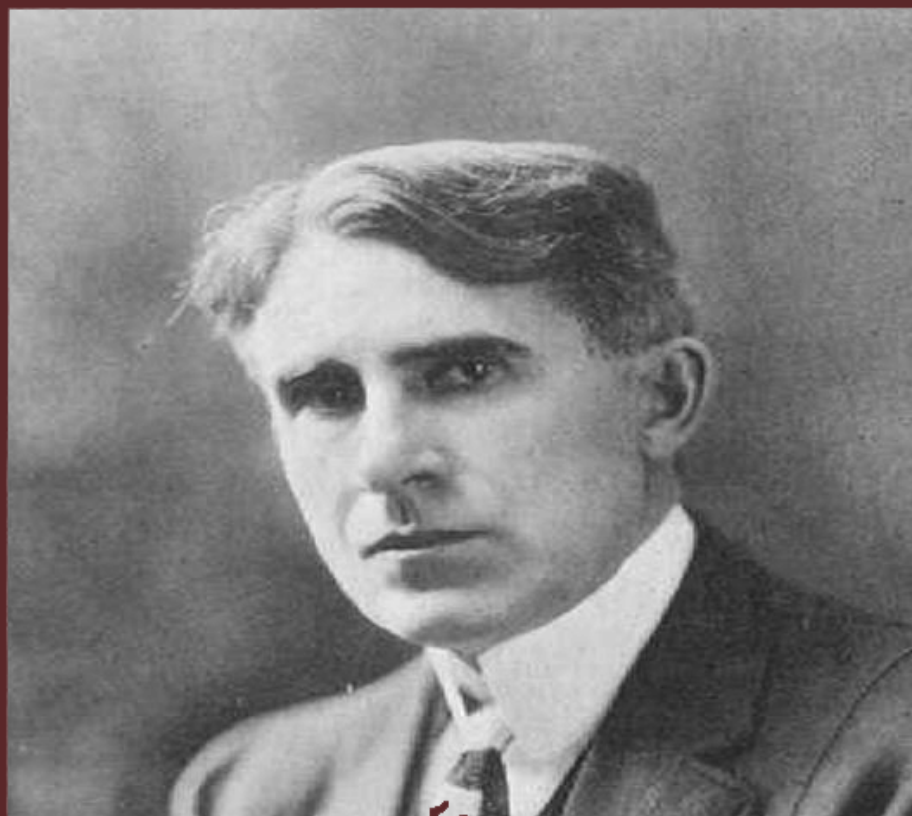


AL OESTE DEL PECOS  
ZANE GREY



**AL OESTE DEL PECOS**

**ZANE GREY**

Digitalizado por **LIBRO**dot.com  
<http://www.librodot.com>

# I

Cuando su esposa comunicó a Templeton Lambeth que, contando con la benevolencia de Dios, podrían esperar en el momento debido la llegada del heredero que tanto habían anhelado, el hombre se asió a esta esperanza con la alegría del ser cuya fortuna le fuese adversa y que creyese que la llegada de un hijo podría revivir su antiguo sueño de vivir una vida nueva y llena de aventuras en el bravío Texas, al oeste del río Pecos.

Aquel mismo día decidió llamar a su hijo Terrill Lambeth, que era el nombre de un hermano suyo a quien quería mucho. Su padre había legado a cada uno de los hermanos una plantación. Una de ellas estaba situada en Louisiana; la otra, en la zona occidental de Texas. Terrill había progresado a fuerza de talento y habilidad donde Templeton había fracasado.

Llegó el hijo. Y no fue un niño, sino una niña. Este desencanto fue el segundo de la vida de Templeton, y el más grande. Lambeth jamás pudo resignarse a lo que calificó de despreciable jugarreta del destino. Decidió considerar a la niña como si fuese un niño, y educarla de acuerdo con esta decisión. En consecuencia, no cambió el nombre de Terrill, que había acordado imponerle. Y aun cuando no podía menos de querer a Terrill, como hija que era, se regocijó al ver que la muchacha abrigaba una decidida preferencia por los trabajos más duros y los juegos más varoniles. Y de estas circunstancias extrajo el mejor partido posible.

Lambeth se cuidó de que la chiquilla tuviera maestros y recibiese una educación a partir del quinto año de su edad; pero cuando llegó a la de diez, el hombre se sintió plenamente satisfecho al ver las prendas y condiciones varoniles que había podido inculcar en ella, especialmente su habilidad para montar a caballo. Terrill podía cabalgar cualquier animal de cuatro patas que hubiera en la plantación.

Entonces llegó la guerra civil. Lambeth, que se aproximaba a la cuarentena, obtuvo un puesto de oficial, y su hermano Terrill se inscribió como soldado voluntario.

Durante este período de lenta desintegración de la prosperidad del Sur, la señora Lambeth se encargó de continuar la educación de Terrill. La señora Lambeth había estado siempre bajo la dominación de su esposo, y no le fue posible imponer a Terrill la clase de educación que le parecía más prudente y conveniente dar a su hija. Pertenecía a una de las antiguas familias del Sur, de origen francés, y después de su matrimonio averiguó que no había sido el primer amor de su esposo. El orgullo y la melancolía se unieron a sus virtudes, dulces y amantes de la soledad, y actuaron contra su oposición a que Lambeth, obrando del modo que estaba de acuerdo con su carácter y sus inclinaciones, se considerase dichoso al hacer que la chiquilla trabajase y jugase de la manera propia de los muchachos. Mas durante la larga y devastadora guerra, la madre compensó en gran medida todas aquellas inclinaciones y aficiones que creía le faltaban a Terrill. Antes del término de la guerra, cuando Terrill tenía quince años, la madre murió después de haber impreso en el ánimo y en los gustos de la chiquilla una huella que ni siquiera su apasionada sed de aventuras ni la influencia de su padre pudieron borrar por completo. Lambeth regresó a su casa con el grado de coronel, y sufrió menos pesar al comprobar que estaba arruinado como agricultor que al saber que su hermano Terrill había muerto. Terrill había sido presa de una incurable enfermedad durante la guerra y fue enviado a su casa como inválido antes de la rendición de Lee.

La muerte de su esposa y su ruina no amargaron mucho a Lambeth, ya que estas desgracias le dejaban el camino libre de obstáculos para desgajar sus raíces y dirigirse a la frontera occidental de Texas, donde unas extensiones vastas y desconocidas de tierras ofrecían la fortuna a los hombres que todavía fuesen lo suficientemente jóvenes para trabajar y luchar.

Texas constituía un mundo por sí mismo. Antes de la guerra, Lambeth había cazado en aquellos terrenos. Por el Norte, había llegado hasta Panhandle; por el Oeste, hasta las llanuras en que vivían los búfalos, entre Arkansas y los ríos Rojos.

Tenía muchas esperanzas en el porvenir de la zona, y estaba cansado de cultivar

algodón. Se proponía dirigirse hacia el Oeste, más allá de las tierras situadas tras el vago y bravío Pecos, comarca de la que habían llegado hasta sus oídos unos rumores que despertaban su curiosidad.

El primer acto del coronel Lambeth al llegar a su casa consistió en manumitir a los esclavos que todavía se hallaban en su plantación, puesto que la guerra había estallado precisamente para conseguir su liberación. Y el siguiente acto, después de haber elegido diversos caballos, un carro, un equipaje y algunas posesiones de las que le habría sido doloroso separarse, consistió en poner la plantación y todo lo que en ella había, bajo el martillo del subastador. Fue muy poco lo que obtuvo de su venta.

Luego llegaron las noticias de la muerte de su hermano y, con ella, un legado suficiente para que pudiera continuar viviendo sin apuros económicos. Pero Lambeth conocía bien las alternativas de la vida del agricultor. Las tierras eran pobres, y él carecía del deseo y de la habilidad necesarios para hacer un nuevo intento. El Oeste le llamaba. Los tejanos, empobrecidos por la guerra y por los vagabundos y maleantes que dejó tras sí, se dispersaban en dirección al Oeste y al Norte, atraídos por un algo magnético y alucinador.

Lambeth viajó a través del Misisipí, y regresó con un recuerdo triste e imperecedero de su hermano. Y también con los medios necesarios para realizar su antiguo sueño establecer y sostener un rancho en el Oeste.

El coronel escuchó las protestas de lealtad que le hicieron dos negros de las generaciones más jóvenes de los esclavos que había tenido en su plantación. Estos negros, lo mismo que otros muchos, no querían separarse de él.

-Pero, Sambo, ahora eres libre - arguyó el coronel. -Sí, mi amo, lo sé. Estoy mansipao... Pero, coronel, no sé qué hasé con mi mansipasión.

Éste era el problema que Sambo compartía con las restantes esclavos. Había sido vendido a la plantación de Lambeth hacía mucho tiempo. Procedía de las llanuras de Texas y era un hombre fornido y sobrio. Lambeth había llevado a Sambo consigo a una cacería de búfalos, y descubrió que el negro era un trabajador lleno de voluntad y de habilidad. Además era uno de los pocos vaqueros negros verdaderamente buenos. El propio Sambo enseñó a Terrill a montar a caballo, a mantenerse sobre él y a arrojar el lazo. Y siempre había querido a la chiquilla. Esta última circunstancia decidió a Lambeth.

-Muy bien, Sambo. Irás conmigo. Pero, ¿qué haremos de Mauree? - Y Lambeth señaló a la hermosa negra que acompañaba a Sambo.

-Pues, coronel..., nos casamos cuando uté estaba fuera... Mauree é muy buena pa mí y quiere vení conmigo y con uté. No hay una cosinera mejó que Mauree, serió -. El tono de Sambo fue suplicante y servicial.

Lambeth consintió en aceptar a la pareja, pero rechazó las peticiones de los demás negros leales.

En la mañana de su partida, Terrill recorrió el viejo camino situado entre el canal y el grupo de nogales que rodeaban la vieja y deteriorada mansión colonial.

Era en los primeros días de la primavera. El aire estaba impregnado de la fragante y dulce languidez del Sur; los pájaros cantaban melodiosamente a pleno pulmón; las alondras de las praderas y los mirlos de los pantanos daban su adiós al Sur por aquella temporada; el cielo era azul y el sol brillaba cálidamente; unas gotas de rocío centelleaban como diamantes sobre la hierba.

Más allá de la extensa pradera, la larga hilera de fincas rústicas,, medio derruidas, contemplaba con melancolía la carretera. Solamente de una de ellas brotaba una delgada columna de humo azulado, que denotaba que la casa estaba habitada. Los esclavos, felices, bailadores, se habían alejado cantando, y sus casitas, blanqueadas con cal, caían destruidas. Terrill los conocía de toda su vida. La entristeció el tener que decirles adiós; y, sin embargo, estaba contenta de que así sucediese y de que los esclavos ya no fueran esclavos. Los cuatro años de guerra habían constituido una cosa incomprensible para Terrill. Quería olvidarlos, y olvidar los sufrimientos y las amarguras que arrastraron consigo.

Cuando regresó de aquel paseo, el último que daba por aquellas tierras, por las orillas del canal viejo en que flotaban las anchas hojas de los lirios acuáticos, encontró los caballos en el patio. Sambo estaba sacando de la casa el baulito francés de cantoneras de cobre.

-Señorita Rill, he hecho todo lo que he podido - dijo Sambo, mientras colocaba el baulito bajo la lona del carro, que iba muy cargado.

-Sambo, ¿qué estás cargando en el carro? - preguntó Lambeth al ver los movimientos del negro y su actitud vigilante.

-El baúl de la señita, serió.

-¿Qué hay en el baúl, Rill? - preguntó el padre.

-Todos mis pequeños tesoros... ¡Son muy poca cosa, papá! Mis joyas, encajes, dibujos, libros... y mis ropas.

-¿Vestidos, quieres decir? Rill, no los necesitarás para nada en el lugar a que vamos - replicó el coronel mientras sonreía aprobatoriamente al ver sus ropas de muchacho, sus pantalones, sus botas y el ancho sombrero blando con que ocultaba los rizados bucles.

-¿Nunca? - preguntó ella con ansiedad.

-Creo que nunca - contestó él, secamente -. Tan pronto como hayamos dejado este lugar, serás para mí como un verdadero hijo... Rill, una muchacha sería un obstáculo para nosotros, sin contar con los riesgos que la acecharían .. Más allá de Santone, toda la comarca es muy turbulenta y salvaje.

-Papá, me habría gustado ser chico... y voy a serlo. Pero esto me preocupa mucho, porque, en realidad..., soy una chica.

-Puedes ir a vivir con tu tía Lambeth - replicó su padre con severidad.

-¡Oh, papá! Sabes que solamente te quiero a ti... y que estoy deseosa de ir al Oeste... ¡Cabalgar y cabalgar! ... ¡Ver los búfalos, las llanuras, la región solitaria del Pecos, de la que tanto me has hablado...! ¡Debe de ser hermoso! Pero esta mañana, papá, siento tristeza al dejar nuestra casa.

-Y yo también, Rill - afirmó Lambeth con los ojos llenos de lágrimas -. Si nos quedáramos aquí, hija, siempre estaríamos tristes. ¡Y siempre seríamos pobres! ... Pero echaremos raíces nuevas en un terreno nuevo. Olvidaremos el pasado. Trabajaremos. Todo será nuevo para nosotros, extraño, maravilloso... ¡Cómo! Si es cierto lo que he oído, Rill, tendremos que luchar continuamente contra los mejicanos ladrones de caballos y los comanches.

-¡Oh, es encantador, papá! - exclamó Terrill -. ¡Pero me estremece!... ¡Me dan escalofríos en la espalda!... Sin embargo, no quiero dejar de ver todo eso...

Y comenzaron a alejarse de la vieja mansión, oscura y gris, y caminaron entre los grandes nogales cuyas largas ramas se agitaban en la brisa, y llegaron a la carretera amarillenta que se extendía junto al verde canal.

Sambo encaminó seis caballos libres en la dirección debida y cabalgó tras ellos. Mauree dirigía el enorme carro que iba tirado por un robusto tronco de caballos blancos con manchitas negras. Terrill iba detrás, sobre su caballo negro de pura raza, *Dixie*. El padre tardó mucho tiempo en alcanzarlos, pero Terrill no volvió ni una sola vez la cabeza para mirar atrás.

No obstante, cuando, después de haber recorrido una milla llegaron a las afueras de pueblo en que la madre de Terrill estaba enterrada, la joven volvió la cabeza hasta que sus ojos, nublados por las lágrimas, fueron incapaces de distinguir los objetos en la lejanía. El día anterior se había despedido de la tumba de su madre, acto doloroso que no se creyó lo suficientemente fuerte para repetir una vez más.

Los recuerdos del pasado feliz y penoso entristecieron a Terrill durante todo aquel día.

## II

Lambeth viajó lentamente. Se proponía hacer de aquel viaje, durante tanto tiempo anhelado, un viaje instructivo. Había residido durante la mayor parte de su vida en aquella pequeña parte de Texas lindante con Louisiana y que participaba de sus características físicas y tradicionales. Y deseaba descubrir el verdadero Texas, el Texas que había sucumbido en el Álamo y que, al fin, había vencido en Santa Ana, que comenzaba a extenderse hacia el Norte y el Oeste, y que era un imperio en formación.

Por esta causa viajaba sin prisas, deteniéndose a veces en villorios, trabando amistad con las personas que encontraba en su camino. En ocasiones, cuando el crepúsculo sorprendía a su comitiva en terrenos deshabitados acampaba en el lugar en que se encontraba en aquel momento, generalmente cerca del agua y- de la hierba,

A Terrill le agradaba sobremanera. Samba le instalaba el lecho en el carro, protegido por las lonas, donde se hallaba cómoda y a cubierto de miradas indiscretas. El gastar ropas de hombre había sido divertido anteriormente para Terrill; pero en ella comenzaba a nacer la conciencia de que no era lo que fingía ser, y que, más pronto o más tarde, la verdad sería descubierta. Por otra parte, a medida que los días y las leguas aumentaban la distancia que la separaba de su antiguo hogar, comenzaba a vivir intensamente su aventura.

Sólo se detuvieron una noche en Austin, adonde llegaron después de la puesta del sol y de donde partieron a la hora del alba. Terrill no tuvo ocasión de ver mucho de la ciudad, mas lo que vio no le gustó. Nueva Orleans fue la única población grande que visitó, y esta ciudad, con sus atractivas casas y calles, y con su atmósfera francesa, despertó su interés.

Desde Austin hasta San Antonio el camino estaba forrado por una ancha carretera que servía de ruta a una línea de diligencias y de punto de paso para los viajeros que se dirigían al Sur o al Oeste. A Terrill le pareció muy interesante. En tanto que pudiera hallarse a horcajadas sobre *Dixie* y que su contacto con las gentes con quienes se encontrasen estuviese reducido a desempeñar su papel de espectadora, Terrill era feliz. El cabalgar durante largos días, el introducirse por la noche en su tibio lecho del carro, eran cosas que la llenaban de alegría. Podría haber continuado haciéndolo eternamente.

No obstante, cuando llegaron a San Antonio, a Terrill le pareció que se hundía en un mundo aturdidor, alborotador, ruidoso, crudo, extraño, repelente y, sin embargo, extrañamente excitante. ¡Si fuera un muchacho de verdad! ... Le parecía increíble que pudieran tomarla por un chiquillo. Bajo su atuendo de hombre se encubrían sus contornos de mujer de un modo casi perfecto, casi satisfactorio para ella; pero su rostro le llenaba de desaliento. En el hotel en que se alojaron, Terrill se miró al espejo desaprobatoriamente. Sus rizos soleados, sus ojos de color violeta y, sobre todo, su fina piel de mujer, todas estas características que fueron la alegría de su madre y que ella misma había contemplado en el pasado con satisfacción, le produjeron un creciente desasosiego, por no decir un creciente temor. Debería hacer algo para remediarlo. Sin embargo, la reflexión la alivió de sus torturas, puesto que era evidente que no podría tener disgustos por estas causas en tanto que estuviesen viajando, jamás vería a las mismas personas dos veces.

Estaba obligada a permanecer en su habitación, inmediata a la de su padre, no siendo cuando se encontrase acompañada por él o por Sambo. Lambeth se interesaba por muchas cosas, y cuando se interesaba por algo, iba donde fuese necesario para satisfacer su curiosidad o su necesidad; mas, generalmente, llevaba consigo a su hija a todos los lugares a que ésta deseaba ir. O, en otras ocasiones, la mandaba, acompañada de Sambo, a alguna tienda cosa que agradaba mucho a la joven, que tenía dinero para gastar, y que satisfacía de este modo sus caprichos. Pero Sambo era desconcertante en muchas ocasiones. Las botas y los pantalones que vestía Terrill no cambiaron para él a su adorada señorita.

-Sambo, no vuelvas a llamarme señorita Rill - protestaba Terrill -. Llámame señorito Terrill.

-Lo haré, señita Rill, cuando me acuerde. Pero uté lo que é, y nunca puede sé lo que no é.

Cierta mañana, acompañada del negro, llegó en la calle principal hasta más lejos de

donde solía hacerlo. Los jinetes, los carros, las diligencias producían a Terrill una delicia inagotable. Todo ello tenía el aroma y el gustillo del Texas bravío, de las tierras descubiertas de que tanto había oído hablar a su padre.

Una pequeña tienda llamó su atención, pero no entró en ella la primera vez que pasó a su lado, porque se hallaba junto a una taberna ruidosa ante la cual unos caballos peludos, polvorientos y ensillados ofrecían indicios de que los jinetes se hallaban en el interior del establecimiento. Pero, finalmente, Terrill cesó en su contemplación y entró en la tiendecita y se olvidó por completo de Sambo. Cuando hubo satisfecho su curiosidad y salía recordó de repente al negro. No pudo verle por ninguna parte. Unas grandes voces convirtieron su ansiedad en temor. Corrió al exterior. Samba no estaba esperándola.

Terrill comenzó a correr velozmente calle abajo, y se dio cuenta de que ante ella unos hombres se movían violentamente. Al llegar a la puerta de la taberna, ésta se abrió, y un hombre, andando hacia atrás, chocó con ella y la arrojó al suelo. Los paquetes se le escaparon de las manos. Terrill se indignó, comenzó a recoger los envoltorios, se puso en pie con más indignación que temor. Pero, repentinamente, se quedó helada por el miedo.

El hombre tenía una pistola en cada mano, que llevaba muy bajas, y apuntaba hacia la puerta. Todo el ruido del interior había cesado. Terrill vio otros hombres en la taberna, uno de los cuales estaba retorciéndose en el suelo.

-Por ahora, eso es todo - anunció con voz fría el hombre de las pistolas -. La próxima vez que hagas trampas jugando a las cartas, no será a Pecos Smith.

Se volvió hacia Terrill.

-Chico, desata mi caballo... Aquel bayo... Y tráelo aquí - ordenó.

Terrill obedeció torpemente. Después de enfundar una de las pistolas, el joven retrocedió hasta que tropezó con su caballo. Tenía un perfil de hombre frío, despiadado y duro. De un solo salto se colocó, desde el bordillo de la acera, sobre su caballo.

-¡Smith, nos veremos las caras la primera vez que vuelvas por aquí! - gritó una voz áspera desde el interior de la taberna. La puerta se cerró.

-¿Por qué tiemblas, muchacho? - preguntó Smith con voz lenta, perezosa, que no estaba exenta de socarronería.

-No... no lo sé, señor - tartamudeó Terrill mientras soltaba la brida. Aquel era su primer contacto con uno de aquellos robustos jóvenes tejanos. Y este joven tenía ojos terribles. Una sonrisa dulcificaba la severidad de su rostro, pero no cambiaba la expresión de los escrutadores ojos.

-Lo único que he hecho, ha sido arrancarle una oreja de un tiro - dijo Smith, premiosamente -. Le ha quedado colgando como la de una liebre... Muchas gracias, chico. Creo que debo marcharme...

Y comenzó a correr a un trote lento. Terrill miró cómo la flexible y erguida figura se alejaba. Sus sensaciones fueron contradictorias. Luego retrocedió hacia la acera. En aquel momento apareció Sambo. Terrill corrió a su encuentro.

-¡Oh, Sambo!! Qué miedo he pasado! - gritó, un poco tranquilizada -. ¡Vamos, aprisa! ... ¿Dónde has estado?

-Yo también he tenido mucho miedo - contestó el negro -. Etaba eperando ahí al lao, cuando vi a uno de eso tejanos fiero que llegó corriendo a cabayo... Me vio y dijo: « j Negro, vete lejo de la mala compañía! »... Y me marché. Ha tenío una pelea ahí dentro y cuando salió yevaba do pitola muy grande en la mano. Me dio miedo...

«Santone», que es como sus habitantes llaman a la ciudad de San Antonio, estaba atestada de tejanos y de otros muchos hombres de distintas procedencias. Terrill supuso que los tejanos serían aquellos gigantescos jóvenes de botas polvorientas, bocas tensas, rostros duros y ojos grises, y que los hombres de menor estatura y mayor edad serían seguramente los padres de los jóvenes. La muchacha se quedó desconcertada y alicaída cuando comprobó que en diversas ocasiones se había sentido atraída por el aspecto de algunos de aquellos jóvenes. Y el desconocido Pecos Smith le había emocionado y seducido; a pesar del terror y de la

aversión que en ella provocó; su recuerdo la obsesionaba.

Los mejicanos, los boyeros, los soldados, el interminable y multicolor tropel de hombres producía a Terrill una vaga y maravillosa impresión. Aquéllos eran los hombres de los campos abiertos, los que, según decía su padre, habían llegado de todas partes. Cazadores de búfalos, que se dirigían a las llanuras para sorprender a estas reses en su emigración de primavera hacia el Norte; tratantes en caballos y ganados de los ranchos; mejicanos perezosos y pintorescos, con sus «sarapes», sus pantalones ajustados de polainas brillantes y sus sombreros de altas copas; acá y acullá, algún hombre vigilante, de dura mirada a quien Lambeth designaba como un tejano de las llanuras; jinetes en caballos flacos, bravíos, lanudos; hombres altos con pistolas pendientes de los cintos; jugadores vestidos con chaquetas negras, tocados con negros sombreros, de rostro impasible y generalmente hermoso; y, finalmente, aun cuando no fuese lo menos importante, una corriente de hombres arruinados, desgarrados, frecuentemente ebrios, de largos cabellos, sin afeitado, duros y malignos, la mirada de cuyos fieros ojos no agradaba a Terrill que se cruzase con la suya. Estos hombres, según Lambeth, eran los despojos del ejército derrotado, los sacrificados a una causaperdida. Lambeth afirmó, también, que le agradecería dejar a tales hombres y a tales residuos del ejército a sus espaldas, lejos de sí.

-Ahora disponemos de una hora. No quiero que dejes de ver el Alamo - dijo el padre al tercer día de su estancia en San Antonio -. En tanto que exista Texas, el Alamo será un lugar sagrado. Todos los jóvenes deben detenerse en aquel sangriento altar del heroísmo y de la patria.

Terrill conocía la historia tan bien como cualquier muchacho tejano. Caminó al lado de su padre, cuyos pasos cubrían un gran espacio de terreno, y muy pronto se encontraron ambos en el umbral del histórico edificio. Lambeth había estado en él anteriormente. Un pariente suyo había sucumbido en aquella batalla. Acompañó a Terrill de un lado para otro, y le mostró dónde y cómo los asaltantes habían sido repelidos durante mucho tiempo y a costa de muchas pérdidas mortales.

-Santa Ana tenía cuatro mil soldados mejicanos bajo su mando - explicó Lambeth -. Cargando antes de la salida del sol, los atacantes sorprendieron a los americanos. Fueron rechazados dos veces con terribles pérdidas, y todo parecía indicar que los mejicanos se disponían a retirarse. Pero Santa Ana los impulsó a realizar un nuevo ataque. Escalaron los muros y, al fin, consiguieron llegar a lo alto del edificio, desde donde desencadenaron un fuego mortífero. Más tarde, las puertas del Álamo fueron forzadas, y se abrió una brecha en el muro del Sur. Los infiernos se desataron. En esta estancia, Bowie, que estaba enfermo, fue asesinado en su lecho... Allá, Travis murió junto a su cañón... Y aquí cayó Davy Crockett muerto... Rill, no me sería posible desear más que una gloria igual para mi hijo... Los tejanos murieron como hombres... Ciento ochenta y dos había. Y estos ciento ochenta y dos hombres mataron a seiscientos de los soldados de Santa Ana... ¡Así eran los tejanos de aquellos tiempos!

-¡Oh, es magnífico! - exclamó Terrill -. Pero me horroriza. Me parece estar viéndolos luchar... Es una cosa que debe de estar en nuestra sangre, papá.

-¡Sí!... No olvides jamás el Álamo, Rill. No olvides nunca esta ascendencia de los tejanos. Nosotros, los del Sur, perdimos la guerra civil, pero jamás perderemos la gloria de haber liberado a Texas del dominio español. Pensativa y excitada alternativamente, Terrill regresó a la ciudad con su padre. El mismo día, un poco más tarde, experimentó unas sensaciones muy diferentes, más íntimas y excitantes. Lambeth la condujo a una gran tienda donde compró una silla mejicana, negra, con *tapadores*; una brida plateada y espuelas; *riata*; guanteletes, pañuelos multicolores y un sombrero tan ancho, que cuando Terrill se lo ponía creía hallarse bajo una espesa nube.

-Ahora, serás vaquero - dijo Lambeth con orgullo.

Terrill observó que su padre compraba pistolas y municiones, aun cuando había llevado consigo su armamento inglés, y, además, cuchillos, cinturones, hachas, una <sup>pis-</sup>tola del tipo

Derringer para ella, y tantas y tantas cosas, que dudó sobre si el carro podría transportar todas. Pero muy pronto supo que su padre había adquirido también otro carro, más grande que el suyo, que Samba había de conducir.

-Tengo que decirte, Rill - anunció el padre -, que he renunciado a nuestro proyecto de viajar por la carretera principal. Hay en ella demasiados viajeros, algunos de ellos poco agradables, sobre todo al oeste de Santone. Partiremos con un grupo de cazadores de búfalos que he encontrado y seguiremos con ellos durante cierto tiempo. Podrás acompañarme a cazar búfalos, y podremos conocer estos campos...

Dos días más tarde, Terrill partió en unión de una caravana que se componía de seis carros, además de los dos suyos, y ele la que formaban parte ocho hombres, ninguno de los cítales iba a caballo. Eran unos cazadores de búfalos experimentados, y cazaban tanto por aprovechar las carnes como las pieles. Con gran contento por parte de Terrill, pudo observar que ninguno de los hombres que integraban el grupo era joven.

Viajaron con dirección Noroeste, a lo largo de un río cuyas orillas estaban guarnecidas de hermosas pacanas. Aquellos tejanos eran viajeros duros. Cuando llegó el crepúsculo del primer día, habían recorrido alrededor de treinta millas. Sambo, con su carro sobrecargado, no llegó hasta después que la oscuridad se hizo más espesa, lo que preocupó grandemente a Lambeth.

Los cazadores colmaron de atenciones a Terrill, pero ella tuvo la seguridad de que ninguno había sospechado su secreto. Aquella noche tuvo el valor suficiente para sentarse junto a la hoguera del campamento en unión de los hombres, y escuchar sus conversaciones. Todos eran gente alegre, la mayoría rancheros o criadores de caballos. Uno de ellos había vivido en las solitarias llanuras de Texas y refirió unas sangrientas historias que pusieron carne de gallina a la muchacha. Otro de los hombres, un ganadero del río Brazos, habló mucho acerca del Llano Estacado y de los indios Comanches. Durante una cacería anterior, este hombre, con otros dos cazadores, había acampado junto al río Rojo y los tres corrieron peligro de ser escalpados por los indios.

-Esos comanches se muestran muy agresivos - dijo mientras movía la peluda cabeza -. Y es la caza de búfalos lo que los está sublevando. Dentro de no mucho tiempo Texas se verá obligada a deshacerse, no solamente de los comanches, sino también de los arapahoes, los kiowas, los cheyennes y los injuns de las llanuras.

-Creo que es demasiado pronto y que nos dirigimos demasiado al Sur para que encontremos comanches - observó otro de los cazadores -. Las manadas de búfalos que vienen del río Grande no habrán llegado todavía al río Rojo.

-Los encontraremos a este lado del Colorado - replicó el cazador de rostro rojo -. Lo que *es* una suerte para nosotros, porque ese río no es fácil de cruzar. Nuestro amigo Lambeth va a tropezar con muchas dificultades para hacerlo.

Terrill podría muy bien haber sido un muchacho, si se tienen en cuenta solamente las sensaciones que experimentó a lo largo de aquella charla en que se habló indiferentemente de indios levantiscos, llanuras traicioneras, ríos peligrosos, desbandadas de búfalos y cosas parecidas. Pero en algunas ocasiones la circunstancia lamentable de que era una muchacha se imponía con fuerza a su imaginación cuando estaba acostada, incapaz de dormir, presa de unas emociones que no conseguía disipar, y, sin embargo, aguijoneada por la maravilla y el deleite de su existencia.

Varios días más tarde, cuando cabalgaba junto a Sambo, a cierta distancia de los otros carros, Terrill creyó oír un algo desacostumbrado.

-¡Escucha, Sambo! - murmuró mientras volvía la cabeza de modo que uno de sus oídos se orientaba hacia el Sur. ¿Habría imaginado que había oído algo?

-No oigo náa - replicó el negro.

-Es posible que me haya engañado... ¡No! ... ¡Otra vez suena el ruido!

-Oiga, señita Rill; supongo que no ha oído una cosa parecida al trueno...

-¡Sí, lo es, Sambo!... Es como el rugido sordo de un trueno. ¡Escucha!



-No lo oigo todavía. E posible que venga una tormenta po ahí.

-Sambo: no puede ser un trueno corriente - exclamó, excitada, Terrill -. No se interrumpe. Sigue sonando, sonando... Se hace a cada momento más fuerte...

-¡Demonio! ¡Ahora lo oigo! - contestó el negro-. Sé lo que *é*. Eso *é* lo búfalo. *É* lo búfalo la manada principal, seguro...

-¡La manada principal! ¡Oh, aquel cazador, Hudkins, se ha equivocado, en ese caso! ... Dijo que los búfalos no llegarían aún.

-Vienen corriendo y vienen acá, señita Rill.

El ruido se había hecho más apreciable, mes intenso, más profundo, y tenía un acento amenazador. Lambeth y los caballos de silla se habían perdido tras una nube polvorienta. Terrill creyó que le parecía apreciar un apresuramiento en el galopar de los búfalos, un acercamiento del grupo de bestias enloquecidas, una disminución del espacio que los separaba de los carros.

-¡Oh, Sambo! ¿Es una desbandada? - gritó Terrill, presa súbitamente del temor -. ¿Qué ha sido de papá? ¿Qué vamos a hacer?

-¡No lo *sé*, señita! He oído ota vé una desbandá, pero nunca he visto ninguna. Eto se pone malo. Se pone, se pone. Debemo marcharnos...

Sambo corrió y puso los caballos de Mauree en la misma dirección en que marchaban los búfalos. Luego gritó a Terrill que abandonase su caballo y subiese al carro de la negra.

-Y ¿qué haré con *Dixie*? - preguntó Terrill en tanto que se apeaba.

-Déjele que la siga mientras pueda - respondió Sambo. Y corrió hacia su carro.

Terrill creyó que se vería obligada a montar nuevamente a *Dixie* para poder subir al carro, pero consiguió alcanzarlo y, dando un salto, se elevó hasta él, sin soltarlas bridas. *Dixie* corrió tras el vehículo, tan próximo a él que la joven casi podía tocarlo. Terrill vio que el tronco de Sambo se lanzaba a un galope tendido. El negro no lo contuvo para atemperarlo a la marcha de los caballos de Mauree hasta que estuvo a muy corta distancia de *Dixie*.

Terrill miró con temor a uno y otro lado. La manada de búfalos, en filas apretadas, estaba solamente a un centenar de yardas de los caballos. Las bestias, negras o atezadas, parecían moverse hacia arriba y hacia abajo sincrónicamente. La nube revuelta de polvo amarillento y espeso que promovían oscurecía el horizonte. El espacio se llenó de un mar de peludas cabezas y de cascos trepidantes. Fue un espectáculo encantador para Terrill, aun cuando el corazón parecía habersele subido a la garganta. El ruido sordo se había convertido en un estruendo terrible. Terrill comprendió que la intención de Sambo era situar su carro tras el de Mauree, que era más pequeño, y seguir caminando en la misma dirección que los búfalos, con la esperanza de que éstos abrieran sus filas detrás de él. Pero, ¿durante cuánto tiempo podrían los caballos soportar aquella carrera, aun cuando no tropezasen haciendo volcar los carros? Terrill había oído decir que muchas caravanas habían sido totalmente aplastadas y machacadas en las llanuras por los ejércitos de búfalos enloquecidos. *Dixie* tenía las orejas tiesas, los ojos desorbitados. Si Terrill no hubiera estado cerca de él, manteniéndole asido de la brida, el caballo habría huido.

Muy pronto pudo observar la muchacha que los troncos no podían continuar desarrollando una velocidad igual a la de los búfalos. Aquel trote inicial había quedado reducido a un galope perezoso, y el espacio que los separaba de los cerrados muros de los búfalos había disminuido en una mitad. Terrill vio, con los ojos distendidos, aquellas masas peludas que se aproximaban. Ya no había espacio entre ellas y el carro de Sambo, sino solamente una masa densa, negra, peluda. Los ojos de Sambo se volvieron hasta el punto de que sólo era posible ver el blanco de ellos. Estaba gritando a sus caballos, pero Terrill no pudo percibir ni una sola palabra.

El ruido de las pisadas pareció convertirse en un trueno ensordecedor. El agitado mar de negros lomos devoraba el terreno, tanto que Terrill podría haber arrojado su sombrero sobre las peludas corcovas. Ya no vio las patas movedizas ni los cascos. Cuando comprobó que el creciente paso, el cambio de un trotecillo a un galope frenético, el movimiento de la

enloquecida manada significaba una desbandada y que ella y los dos negros se encontraban en su centro, creyó enloquecer de miedo y de angustia. No podrían salvarse, serían aplastados, convertidos en una pulpa sangrienta e informe. Cerró los ojos para rezar, pero no pudo mantenerlos cerrados.

A continuación, descubrió que el tronco de Mauree se había espantado. El carro se mantenía delante de las bestias en desbandada. Se agitaba y saltaba, y estaba a punto de arrojar a Terrill al suelo. *Dixie* tuvo que incrementar la marcha de los suyos. Los dos caballos corrían impresionantemente, con las lenguas fuera de la boca, los ojos como fuego, todavía sin perder la dirección. Luego, la joven vio que Sam se volvía para disparar contra la negra masa de los búfalos. La roja llama del disparo estalló exactamente ante los rostros de las enloquecidas bestias, que continuaron avanzando con el rumor de un trueno, que amenazaban chocar contra el carro.

Inmovilizada por el terror, agarrada al carro traqueteante, Terrill vio que los búfalos llegaban ya hasta las ruedas del vehículo. Una nube de polvo se elevaba y la sofocaba y medio cegaba. Sambo se desvaneció de su vista, aun cuando todavía pudo continuar viendo los fogonazos de su pistola. No oyó más. Los ojos parecieron obstruírsele. Era como un átomo en un mar. El hedor que desprendían los búfalos le anulaba el olfato. Le pareció que era arrastrada por una corriente impetuosa de agua. Los caballos, los carros, continuaban moviéndose al mismo paso que la desbandada. *Dixie* saltaba con frenesí, algunas veces, hasta hallarse a punto de caer. Exactamente junto a las ruedas, rozándose con ellas, se deslizaban unos monstruos horribles, enormes, peludos; unos monstruos de largos cuernos que seguramente continuarían corriendo, corriendo...

La angustia de la incertidumbre se hacía insoportable. Terrill sabía que muy pronto habría de caer del carro, entre los cascotes machacadores. No podría tardar mucho tiempo en suceder. Los caballos caerían, o se detendrían. Y entonces... La pistola de Sam vomitaba fuego entre la nube de polvo. Los muros de ambos lados del carro, los muros constituidos por aquellas masas peludas de carne, caminaban en línea recta, cada vez más de prisa, parecían abrirse... Poco a poco, el espacio se ensanchaba. Terrill se volvió para mirar hacia delante. La manada se había dividido.

La joven vio confusamente un espacio en forma de V que se abría y se ensanchaba.

Terrill perdió la lucidez de sus facultades mentales. Luego, pareció presa tanto de la desesperación como de la esperanza. Pero pudo darse cuenta de que el carro reducía la marcha, se inclinaba de costado, estaba a punto de volcar. Después, se detuvo. Terrill cerró los ojos; estaba a punto de desmayarse.

Mas nada sucedió. No hubo choque, no se produjo el golpeteo de las moles de carne contra el vehículo. Y nuevamente pudo oír la joven. Hasta sus oídos llegó una vez más el terrorífico trueno de las pisadas. El carro se agitaba bajo ella. Y Terrill abrió los ojos. El vehículo estaba detenido, inclinado. Mauree lo había conducido hacia la pendiente rocosa que limitaba la pradera. El tronco de caballos de Sam, envuelto en espuma y polvo, estaba al lado de ella, mientras Sambo, a pie, sostenía las riendas de *Dixie*. A la izquierda de Terrill, la negra masa lanuda continuaba corriendo. A su derecha, nada pudo ver, sino solamente la inclinación de las rocas. Pero comprendió que aquella obstrucción había abierto la manada y los había salvado. Terrill cayó hacia atrás, agotada y ciega por efecto de la abrumadora reacción.

El trueno continuó produciéndose, a cada momento más débilmente. La tierra cesó de agitarse, de vibrar bajo las pisadas de los búfalos. Una hora más tarde, la desbandada se había convertido de nuevo en un murmullo distante y sordo.

-El buen Dió etá con nosotros, señita Rill - dijo Sambo mientras conducía a *Dixie* hacia ella. Después subió al asiento de su carro y, llamando a Mauree, retrocedió entre el polvo, que comenzaba a asentarse, a lo largo de la gran senda. Sin embargo, pasó bastante tiempo antes de que Terrill volviera a instalarse sobre la silla de su caballo. Finalmente, el polvo fue arrastrado por el viento; y entonces pudieron ver, a lo lejos, que Lambeth se encontraba con los caballos.

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

